

Antonio Antón

Podemos: Aprender de los errores

(*Nueva Tribuna*, 11 de enero de 2017).

Dirigentes de Podemos nos han ofrecido un lamentable espectáculo con ocasión de su posicionamiento para la próxima Asamblea Ciudadana, llamada *Vistalegre 2*: “Sé que os estamos avergonzando”, dice Pablo Iglesias, Secretario General. Así, señala que es la peor imagen presentada en sus tres años de vida y califica la situación de “espiral de torpeza” (en la que se incluye) que hay que parar. A su vez, Íñigo Errejón, Secretario Político, habla de que “a Podemos le toca madurar”.

Empiezo con estos dos conceptos expresados por los máximos líderes de Podemos y referencia de sus respectivos equipos y tendencias: existe torpeza e inmadurez. Creo que son útiles como punto de partida para remarcar el talante unitario y constructivo con el que voy a abordar estas reflexiones. No se me escapa que ambas palabras pueden tener muchas aristas y sentidos. Están referidas a la actual polémica sobre la existencia de ‘diferencias estratégicas’ y organizativas (como reconocen ambos, así como la tercera corriente, la Anticapitalista, liderada por Miguel Urbán). Igualmente, reflejan una pugna por el refuerzo del liderazgo respectivo y las posiciones organizativas a conseguir.

Asistimos a un proceso intenso de reagrupamientos internos y expresión de lealtades orgánicas para condicionar el tipo de orientación política y el nuevo equilibrio de los distintos sectores en las estructuras dirigentes. Supone, por tanto, una fractura importante en la dirección, con la distribución, prácticamente por la mitad, de los apoyos de las dos principales sensibilidades, según la reciente consulta, con cerca de cien mil participantes, sobre los procedimientos a seguir: 41,6%; 39,1%, y 10,5%, respectivamente. De entrada, se ha expresado con libertad y transparencia una gran pluralidad de posiciones y un sistema participativo encomiable. Nada que ver con la opacidad, la restricción a los ‘disidentes’ o la capacidad de coerción que ejercen los aparatos dirigentes del PP y el PSOE (y Ciudadanos), con su poder institucional y su vinculación al poder establecido, y que se han servido de esta pelea para esconder sus propios problemas de credibilidad social y democrática.

En todo caso, hay consenso, dentro y fuera de Podemos, sobre que los efectos políticos y organizativos no hay sido positivos sino que le han debilitado. La conclusión es clara: hay que corregir las torpezas y ser más maduros y unitarios. Dejando al margen la instrumentalización y el gozo de los poderosos y su aparato mediático, la dificultad está en establecer la dimensión y gravedad del destrozo producido, sus causas y responsabilidades y, más difícil, qué y cómo enmendarlo. Así, es imprescindible profundizar en el diagnóstico y, sobre todo, aprender de los errores cometidos y las deficiencias observadas y avanzar en la construcción de un sujeto político tan valioso y necesario como Podemos. Luego vuelvo sobre ello. Antes, un rodeo para explicar el enfoque adoptado y justificar las conclusiones.

Espíritu crítico y talante integrador y democrático

Soy un ciudadano de a pie, participe del cambio social y político. No tengo información directa de los debates y las relaciones orgánicas en las estructuras dirigentes. Cuento con la información publicada (no toda) y datos indirectos y fragmentarios de la realidad interna de la dirección partidista. Lo que sí es pertinente decir es que llevo medio siglo en el activismo social y el compromiso político e intelectual, siempre con espíritu crítico, actitud transformadora y talante democrático. Desde mis primeros pasos juveniles, allá en los años sesenta, de la mano de Paolo Freire, he valorado la pedagogía activa, con un enfoque social para promover la capacidad crítica y el empoderamiento de las capas oprimidas. Todavía a mi alumnado universitario (aspirantes a maestras y profesores de enseñanza secundaria) les recuerdo lo más importante para su futura actividad docente: capacidad para seguir aprendiendo durante toda la vida, particularmente, con la experiencia superadora sobre sus límites y equivocaciones.

En la vida y, sobre todo, en política es imposible no cometer errores; hay que prevenir y evitar que sean graves y con consecuencias irreversibles; es fundamental

captar lo nuevo, ser capaces de aprender y, así, transformar la realidad. Esa cualidad es básica para los dirigentes políticos, especialmente del campo progresista, para los que es fundamental la lucidez y la ética; no así para los de las derechas, que controlan los resortes del poder. Se lleva mal con la soberbia, la intransigencia, el dogmatismo y la prepotencia.

Desde hace un siglo, existen abundante teoría política y sociología críticas de las organizaciones partidistas (precisamente a raíz de la experiencia de la primera gran formación política progresista, el Partido Socialdemócrata Alemán-SPD). También contamos con la experiencia de los viejos movimientos obreros y populares (desde el siglo XIX) y los nuevos movimientos sociales (desde la década de los sesenta), así como de las polémicas y tradiciones anarquistas, socialdemócratas y comunistas sobre qué tipo de organización construir para la emancipación de los pueblos y las clases populares. La historia social y política nos ofrece enseñanzas, mayormente, de cómo no se deben hacer las cosas, que nos ayudan a no caer en similares defectos (aunque hay que recordar que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra). Resumo los dos criterios normativos fundamentales, a veces solo admitidos de forma retórica: calidad democrática y ética, y representación y compromiso con la ciudadanía, con la mayoría social.

El aspecto principal es afrontar el desafío de una nueva formación política, de un partido-movimiento de nuevo tipo, superador de los defectos e insuficiencias de los partidos políticos tradicionales y de las limitaciones de las organizaciones sociales. Esa exigencia colectiva está derivada del reto transformador que en esta etapa histórica ha sido depositado sobre la ciudadanía crítica española y su representación política, en el marco europeo de la pugna por la derrota de la austeridad, el autoritarismo institucional y la regresión socioeconómica. Está ligada, por un lado, a la confrontación con el poder liberal-conservador y las presiones de la extrema derecha xenófoba y reaccionaria, y por otro lado, a la conformación de un bloque social y político progresista, representativo de la mayoría popular y con un horizonte democrático y de justicia social.

Por tanto, aparte de la experiencia y la reflexión teórica e histórica, me sitúo como analista de las respuestas sociales a la crisis socioeconómica, institucional y territorial y la articulación del cambio social y político, en esta última década. Podemos y su dirección tiene una gran responsabilidad con la conformación de un nuevo sujeto político en España. Acertó en su proyecto y ha cubierto una primera etapa como representación y consolidación de un electorado indignado con la deriva regresiva y autoritaria del poder establecido. Ha contribuido a romper la inercia continuista del bipartidismo y articular una alternativa de cambio sociocultural e institucional. El acoso de los poderosos no se ha hecho esperar y se incrementará en la medida que se abran más dinámicas de cambio.

Por otra parte, Podemos es una realidad política y organizativa compleja y diversa: desde Galicia y Asturias hasta la Comunidad Valenciana y Les Illes; desde Canarias hasta el País Vasco y Navarra; desde Andalucía hasta Cataluña. Y todo ello, como no, pasando por la Comunidad de Madrid. Ya ha articulado buenas relaciones y alianzas en las candidaturas municipalistas, con capacidad de gestión institucional en las grandes ciudades, en las confluencias de Galicia y Cataluña, así como con Izquierda Unida, Compromís y otros grupos.

Pero, aparte de las sensibilidades políticas e ideológicas, también existe otra realidad poco reconocida, varias categorías de inscritos con distintas funciones y estatus, particularmente dos: varios miles de cargos públicos, cuya prioridad es la acción institucional, representativa o de gestión, aunque vinculados con los procesos de legitimación social y participación democrática; varias decenas de miles de activistas (y hasta el medio millón de inscritos del conjunto), en redes y grupos sociales, la mayoría desde el voluntariado, con la voluntad de difundir los mensajes, conectar con la gente, encauzar sus demandas y mejoras, promover su participación política y electoral y estimular su movilización social. Son imprescindibles y complementarias, pero generan dinámicas distintas no exentas de tensión. Todo debe confluir en la articulación de un amplio movimiento popular y ciudadano, soporte y en

interacción con la representación política, electoral e institucional, de un campo cívico mayoritario por el cambio social y político.

En todo ese conglomerado y ante esa gran tarea, el respeto a la pluralidad, el estilo cooperativo e integrador y la actitud democrática y unitaria son esenciales. Y, además, hay que añadir la gran diversidad política de las fuerzas progresistas en el Sur europeo, empezando por los países más próximos, Grecia y Portugal, y los más inmediatos, Francia e Italia, lo que supone otro reto articulador.

Una formación política de nuevo tipo

No entro en los dilemas de estrategia política, sobre los que habrá que volver. Sólo decir que las conocidas dicotomías moderación-radicalismo, transversalidad-confrontación con el poder, trabajo institucional-arraigo en la calle, ganar mayorías-activar a la gente... me parecen simples, parciales y no antagónicas; es decir, pueden ser complementarias y deben articularse en un mismo proyecto político, aun con énfasis diferentes.

Tras el 20-D, en la decisión más trascendental sobre la posición ante el pacto PSOE-Ciudadanos, hubo opiniones distintas pero las bases de Podemos, con una participación de doscientas mil personas y cerca del 90%, rechazaron el apoyo a ese Gobierno, exigiendo un programa negociado y de progreso y un Ejecutivo de coalición. La coalición con IU en Unidos Podemos también ha sido controvertida pero aprobada mayoritariamente.

El problema es que no hemos contado, hasta ahora, con las otras dos (supuestas) propuestas estratégicas (*Anticapitalistas* la tiene más definida), convenientemente desarrolladas y argumentadas. Y así es difícil establecer la dimensión de las diferencias políticas y las bases comunes sobre las que conformar un acuerdo amplio. La gente nos hemos visto sumergido en la cultura del tuit, marco no muy funcional para explicaciones, debates y consensos. Los tuit, como antes las consignas (en carteles, pancartas y octavillas), los libelos en verso de nuestros literatos barrocos o el clásico refranero popular, por su capacidad sintética y amplia difusión y si sintonizan con la experiencia popular, son fundamentales para la divulgación cultural y la diferenciación sociopolítica. Pero son limitados como diálogo y, por tanto, para la deliberación estratégica y la decisión equilibradas. El tipo habitual de tertulias y debates televisivos tampoco ayuda, y el clima hostil de los poderosos y sus aparatos mediáticos tergiversan los significados, incluso el sentido de las palabras.

Pero estas insuficiencias discursivas, de falta de contenido político elaborado y mecanismos comunicativos esquemáticos, se han visto agravadas por un importante hecho político-organizativo: la fractura del núcleo dirigente (dominante en Vistalegre 1), en dos partes similares con la voluntad de reafirmar su estatus organizativo o de poder interno. La dinámica desencadenada, no inevitable, es la de sumar fuerzas y lealtades simbolizadas por Pablo Iglesias e Iñigo Errejón.

Hasta aquí, no habría problemas, si hubiera proyectos contrastados, talante unitario y métodos apropiados. Incluso se podría explicar la disputa representativa y leal por la distribución del poder interno, la llamada correlación de fuerzas que aspira cada sector en las estructuras dirigentes, incluido las territoriales. Cada cual trata de condicionar la estrategia política y negociar la posición orgánica para influir mejor, a su modo de ver, en el proceso político y colocarse en situación de ventaja para el reparto de las posiciones institucionales que se esperan para las siguientes elecciones municipales y autonómicas (y las generales si se adelantan). Se podría justificar y debatir con transparencia desde el punto de vista del respeto a la pluralidad y la legitimidad de cada sector a buscar el apoyo de la mayoría de la organización.

No obstante, la débil formulación analítica, programática y estratégica ha facilitado la polarización excesiva de liderazgos, la pugna descarnada por las garantías en la distribución del poder interno, con su secuela de descalificaciones políticas y desprestigios personales. Se construyen unas 'identidades' de grupo (sensibilidad, sector, corriente o tendencia), a veces, por encima de la pertenencia colectiva y los objetivos comunes. Se habla de proyectos distintos cuando se reconoce que son

complementarios y las diferencias no nos insalvables. Aparece el emplazamiento y el regateo de parte.

Esta dinámica perversa nos empuja a *ser pablistas, errejonistas o anticapitalistas*, antes que compartir el proyecto unitario de Podemos, *ser podemitas*, cuya nueva definición queda en la penumbra con pequeños y variados destellos emotivos o de buena voluntad. Se han producido formulaciones extremas, caracterizaciones sesgadas del otro, utilización del todo vale, es decir, prácticas poco democráticas. Pablo Echenique, hace un año, antes de ser Secretario de Organización, ya hizo un avance de vicios y defectos organizativos. Es una dinámica antigua que hay que cortar, la de profundizar la división, sin justificación ética o política, y conformar sectas o grupos de presión con la pretensión de apropiarse de los recursos colectivos, simbólicos o materiales, más allá de los méritos propios, y marginar al otro. Hay que respetar el pluralismo de las distintas sensibilidades y articular las diferentes identidades o afinidades, al mismo tiempo que el proyecto común y un exquisito talante democrático, bajo el riesgo de la disgregación y el deterioro político y electoral.

En todas las tradiciones políticas, con la distinción del alcance de quien tiene más poder y quien tiene menos, hay experiencias de prepotencia jerárquica: liberal-conservadoras, socialdemócratas, comunistas, nacionalistas, populistas o anarquistas. A la dirección de Podemos le ha faltado sensatez, le ha superado el proceso de la necesaria adaptación y maduración. Su problema actual de credibilidad cívica es por la percepción pública de su limitada calidad o cultura democrática en la regulación del poder interno, su distribución y su control; más ante la expectativa de lograr posiciones de Gobierno.

En una gran institución u organización política compleja es normal que haya diferencias de ideas e intereses, así como una pugna legítima sobre esa distribución del poder. Pero más allá de los necesarios códigos éticos y procedimientos democráticos, superiores a los de otros partidos políticos, los líderes tiene una responsabilidad suplementaria: es necesario evitar las dinámicas sectarias y las prácticas burocráticas y prepotentes para reforzar la posición propia y deslegitimar la del contrario. El déficit unitario e integrador, en la medida que se produce y se visualiza, les supone un desgaste de su prestigio y liderazgo que, por supuesto, pueden y deben remontar.

Tenemos que evitar una Asamblea Ciudadana fallida, que enquistase la división o no defina un camino compartido. La batalla prolongada y visceral por proyectos divergentes y posiciones orgánicas hegemónicas de una parte conduce al fracaso. Necesitamos un compromiso amplio con un proyecto común, un equilibrio (quizá algo inestable) sin ganadores ni perdedores, ganando todas las personas partícipes del cambio, aun con diferencias sustantivas y reequilibrios representativos. Los objetivos son ambiciosos y la lealtad es, sobre todo, con ellos y con la gente.

El próximo ciclo debe ser de consolidación y ampliación del apoyo ciudadano y de avance en la construcción de un sujeto político más amplio con el conjunto de Unidos Podemos y convergencias. El aprendizaje hoy, vale para mañana. Faltan dos/tres años para el próximo *asalto* institucional, en un contexto de prolongación de la crisis sistémica. Vistalegre 2 debe prepararnos para ello, pero quizá sea necesario, además de una evaluación permanente, realizar ante ese desafío un tercer proceso reflexivo, deliberativo y constitutivo.

La expectativa de crear un nuevo tipo de formación política popular, más integradora y democrática, habrá que verla con ojos más realistas y perseverantes. Quizá, si sale bien, tengamos enseñanzas constructivas del proceso de constitución del nuevo sujeto político en Cataluña, de la mano de los *comunes* y el liderazgo de Ada Colau y Xavier Doménech. En todo caso, el liderazgo colectivo que representaba el cartel de Unidos Podemos del 26-J es más adecuado para la próxima etapa. La solución: Atarse los zapatos, al mismo tiempo que aprender y corregir el rumbo.